

## APENDICE DOCUMENTAL

*Este fragmento narrativo de David Viñas apareció en el número 10 de la revista CENTRO, de setiembre de 1955. En él se refleja crudamente el sentimiento con que los jóvenes universitarios recibieron el resultado de las elecciones de febrero de 1946.*

### SOLAMENTE LOS HUESOS

(Fragmento)

La derrota era lo único evidente en 1946. Primero fue un repentino deslumbramiento que nos sacudió a todos desbaratando toda nuestra eficacia, y todo el valor y el descaro que habíamos desplegado durante meses se diluyó de pronto. (Yo salí a la calle. Anduve dando vueltas entre grupos de hombres que comentaban todo eso. Pablo me esperaba: "—¿Listos?" "—Sí. liquidados".) De un día para otro nos encontramos desamparados de la vigencia de los discursos estupendos, de esa agresividad, de nuestra insolente libertad, de toda aquella violenta tensión del verano del 45. Era una brusca mutilación cuando más seguros estábamos del triunfo, de eso que habíamos apretado con un certeza desdeñosa. (Ese domingo fue un gran paréntesis silencioso colmado por filas de hombres hoscos que cargaban una insuperable complicidad. Parecían reconcentrados y titubeantes de respeto ante sí mismos y se arracimaban para comprobar su fuerza monstruosa, compartida cuando regresaban apurando el paso: estaban con nosotros y nos transferían su fuerza informe: habían deslizado la mano en algo clandestino para decidir la suerte de todos. Yo los señalaba: "—Ese es nuestro; ese también... ¿ese? No sé." Y me apostaba en contra. Presentía que todos éstos resolvían mi suerte. Yo estaba en sus manos y sin embargo algunos eran unos dioses mugrientos). Algo estentóreo también: nos bamboleábamos con el aturdimiento. Ibamos a hacer esto, estábamos seguros que nuestros dedos oprimían algo, íbamos a hacer lo otro, qué duda cabía, teníamos la implacable seguridad de que cada cosa se llamaba por el nombre que le habíamos acordado —nos habían asegurado que las cosas eran tal cual, como los viejos lo enseñaban— y sólo faltaba que chasqueáramos los dedos —así y listo— para que el mundo se pusiera en movimiento. Pero, no. No. Habíamos apostado a la libertad y a la mayoría, contábamos con ellas y se volvían contra nosotros. Era increíble: nos sentíamos trai-

cionados hasta por nuestros principios. Esas cosas no tenían el rostro que les habíamos asignado. Les habíamos acordado un rostro sereno, majestuoso. Y no: eran Furias gritonas de sobacos hediondos pero de manos exactas. Toda nuestra sabiduría resultaba escolar, un lamentable catecismo de argamasa. Nubes, dioses, victorias de yeso pintarrajeado. (“—Pero en Buenos Aires tenemos que ganar”. “—No; ni en Buenos Aires ni aquí ni en ningún lado. En ninguna parte”). De pronto nada respondió a nuestro llamado. No había eco donde según las reglas, tenía que haberlo y existía una multitud donde nuestra sabiduría marcaba un desierto. Todo permanecía impasiblemente aletargado aunque nos empeináramos en repetir y repetir eso que nos habían asegurado —sí señor— que tenía que provocar los estupendos resultados. Y la burlona sordera de algunos nos escarnecía; parecía divertirlos que hubiéramos sido imbéciles y derrotados. (“La libertad de pensar, de reunirse, de expresar las propias ideas”, dije en un discurso en el teatro Marconi. Eran los obreros del vestido. Después cité a Estrada: “—Con las astillas de nuestras cátedras...”. Me dolía el vientre y pensaba en llegar a casa para tirarme bajo la ducha caliente. “—Es necesario que nos pongamos codo contra codo para defender nuestras ideas. La democracia...”. Uno de los dirigentes sindicales que estaba en el escenario se hurgaba las uñas como desesperado, sentía frenesí por dejárselas bien blancas. No se me ocurrió pensar que yo parecía un cerdo pretendiendo poseer la verdad y el camino de salvación. “—Es necesario superar todo esto, lo que viene de abajo, lo que no es nada” —continué—. “Hay que trascender lo inmediato, hay que saltar, y acordarse de lo más alto...”. Al terminar se me acercó uno que había estado recostado contra las bambalinas. Yo lo miré con agresividad. ¿Qué quería ese? Desplazaba ese aire de aburrida superioridad de los pesquisas: “—Estuvo bien” —me dijo. Tenía una mano ancha y me conmovió que me palmeara. “—Estuvo bien” —repitió— “Pero no hay que hablar tanto de los principios, pibe. A estos guachos, yo los conozco, soy del oficio. Y la semana que viene les cae el aguinaldo”). Todo el aprendizaje había sido inútil y ahí delante estaba la Gran Eficacia. Una sola palabra y nada más.

Un nombre repetido y repetido hasta el agotamiento era lo único que conglomeraba y movía y hacía saltar y llorar y putear. Eso. Y nada más. Todo nuestro frente se llenaba de eso y nos anegaba impasiblemente. Y ya —también— empezaba a fascinarnos. Habíamos llenado la calle pero los otros siempre eran más; habíamos gritado pero los de enfrente habían tapado nues-

tro ruido. Era tremendo: la realidad que suponíamos dominar nos rebalsaba. Siempre ellos más: más fuertes, más numerosos, y brotaban y seguían brotando por todas partes y eran más eficaces y más diestros. Las cifras: 304 mil, 450 mil, 133 mil, 195 mil... —“Hay que esperar”, nos decían. —“El que ríe último ríe mejor”. Pero esa absurda burbuja seguía creciendo. 85 mil, 61 mil... Y permanecíamos frente a las pizarras de los diarios hasta el anochecer, adelgazados de angustia, mientras sentíamos que a nuestro alrededor otros discutían o se frotaban las manos o se levantaban el cuello y se iban con los ojos brillantes. Nosotros los mirábamos para comprender o para provocarlos. ¿Quiénes eran éstos? ¿De qué se felicitaban esos roñosos? 58 mil, 34 mil. Algún viejo me susurraba: —“Nos queda tal distrito. Allí ganamos nosotros. Siempre ganamos nosotros. Seguro”. Pero nada se llamaba con el nombre que ellos usaban. Nada se podía apretar entre los dedos y decir “vaso, vaso”. No, no. Las palabras ya no servían para nada. “Vaso, vaso”. ¡No! Cualquier otra cosa. Y no había nada seguro ni se ganó nada. —“Seguro, pibe”. Nada, nada, ni esa sabiduría de los que se creían diestros porque tenían la certeza de que todo se repite, que todo el juego daba vueltas hasta detenerse siempre en el mismo lugar. Los mejores falsarios —incluso— de los que podíamos haber echado mano, los conservadores, habían sido excluidos por su infamia reciente, tan recordada. Pero esa misma infamia hubiera sido la única eficaz por sus recursos más o menos nuevos frente a la Nueva Infamia. Pero si hasta nuestras trampas eran inocuas. —“Seguro, pibe. Te lo digo yo. Siempre fue así”. La historia tenía que repetirse, el mundo giraba para el mismo lado. Dios era Dios y los hombres hombres y no laureles. Ellos, los que nos habían enseñado, pretendían saber lo que se traían entre manos. Poseían la impasible sabiduría de los viejos. —“Lo de siempre, pibe”. 28 mil, 29 mil, 34 mil. —“El que ríe último ríe mejor, pibe.” Pero nadie se rió ni se movió. Nada. Ni nadie parpadeó ni dijo nada porque no había nada que agregar: estábamos derrotados —inmovilizados, eso quiere decir derrotados— y no quedaba nada más que contemplar ese Sol estupendo e inmundado que crecía sobre un universo manso, 37 mil, 19 mil... Y eso seguía, más y más, hasta el tope, todos. E inmovilizados sin límites, porque la derrota no tenía fronteras y estábamos condenados a conservarnos y sobrevivir ahí dentro. —“No por mucho madrugar, pibe. Dejalos que se cansen, pibe”. Nada, deslumbrados. Eso. Nos habían asegurado que era “no” y resultaba “sí”. Que todo era lo contrario y que la sabiduría de lo que se tenía que dar por las reglas y

los precedentes y lo que se había visto en otra parte y lo que se había catalogado y lo justo y lo noble y los principios y la mierda y la mugre no se daban. No. Nosotros éramos "no". Una lamentable jeta que nos veíamos obligados a adoptar, que nos imponían: habíamos amontonado cosas y cosas y no existía montón; nuestras manos no se prolongaban en actos ni en puñetazos ni en nada. Y mucho menos nuestras palabras: nadie nos había entendido, o nos habían mirado con extrañeza o con asco metiéndonos debajo de la nariz las puntas de los dedos unidas: "—¿Qué, pibe? ¿Para qué decís eso, eh? No te entiendo, pibe. No te rompás."— las puntas de los dedos de todos los que habían entendido de qué se trataba y habían apretado el mundo y ahora era de ellos. "—Mirame a mí. Hacé como yo, pibe". De ese momento en adelante empezaba otro aprendizaje y cualquiera era capaz de enseñarnos su destreza. La súbita sabiduría de nuestros adversarios resultó implacable en su constancia. "—Hay que hacer así y no así. Esto y no lo otro. Esta es la manera de ganar. Se gana así. Como hice yo. Los dedos así. Así hay que poner los dedos para ganar". Y habían ganado. Y todo.

*El 30 de mayo de 1947, el presidente Perón entrega diplomas a profesores de la Universidad de Córdoba. El presente texto, reproducido en LA PRENSA el 31 de mayo, además de haber sido el discurso habitual de los actos oficiales, ofrece buena parte de las definiciones de Perón sobre la universidad y su papel socio-histórico.*

"Tenemos la convicción de haber resuelto totalmente todos los problemas atinentes a la Universidad. Queremos encarar la tarea de divulgar nuestras ideas fundamentales. Aspiramos también a que todos comprendan que nuestra revolución no ha realizado sino una pequeña parte de su contenido, el cual ha quedado más o menos reducido a la masa de la población, en la cual, generalmente, las doctrinas cristalizan más por sentimiento que por interpretación y comprensión.

"A pesar de respetar el tiempo de ustedes, quiero extenderme un poco en ciertas consideraciones porque entiendo que pueden hacer al gobierno un gran servicio llevando al interior, especialmente a los círculos universitarios, algunas ideas cuya divulgación nos interesan en este momento.

"Entendemos que debe reinar un clima de tranquilidad absoluta en las universidades para que ustedes